
importantes de los siglos XIV y XV sucedieron en Italia, el suyo sigue siendo con mucho un libro del tipo de los de Burckhardt.

No obstante, la historia cultural en el estilo de Huizinga modifica a Burckhardt en varias direcciones, caminos que han resultado bastante valiosos para el siglo XX posterior a Huizinga. A los dieciséis o diecisiete leyó una de las primeras obras del antropólogo social E.B. Tylor, *La cultura primitiva*, y quedó muy impresionado por ella. Al recordar esta experiencia declaró: "abrió para mí perspectivas que hasta cierto punto me han inspirado desde entonces". El haberse preparado como orientalista antes de su especialización en historia de Europa occidental ayudó a Huizinga —como el trabajo de campo lo hace con los antropólogos— a "desfamiliarizarse" de su propia cultura, y así a preguntarse sobre más asuntos para explorarlos. Su interés por el simbolismo, específicamente por lo que llamó "el modo simbólico de pensamiento", fue consecuencia de su interés en la antropología. Otro resultado igualmente significativo fue el que extendiera su concepto de cultura más allá de las artes y más allá de Burckhardt. *La civilización holandesa en el siglo XVII*, por ejemplo, incluye páginas fascinantes sobre la inquietud holandesa por la limpieza. En otra parte aborda lo que llegó a llamar "el elemento lúdico" en la cultura; observó actividades "serias" como juegos y los juegos como cosas serias. ¿Qué quiso decir san Francisco —pregunta— al llamar a la pobreza su novia? ¿Creía en tal persona o sólo usaba una figura de lenguaje? La respuesta de Huizinga es que "en la actitud de san Francisco se mezclaban la fe y la incredulidad... san Francisco estaba jugando con el personaje Pobreza".

Huizinga no anticipó el día en que algunos de sus colegas se llamarían a sí mismos "historiadores de las mentalidades" o "historiadores antropólogos", pero ya indagaba algunas de sus "nuevas preguntas". Merece ser recordado no sólo como un hombre de aptitudes varias, un estilista, el autor de un *best-seller* de la historiografía, sino también como un iniciador, alguien que hizo retroceder los límites de la historia cultural.

Merece ser recordado no sólo como un hombre de aptitudes varias sino también como un iniciador, alguien que hizo retroceder los límites de la historia cultural.

Robinson Crusoe

Christopher Hill

Tomado de *History Workshop Journal*, 10, otoño, 1980. Traducción de Dolores Avila.

Aquellos que, como yo mismo, tuvieron su primer encuentro con Robinson Crusoe en una edición abreviada, se sorprenden cuando leen la versión original. Un largo intervalo parece transcurrir antes de que podamos llegar al grano. El relato de la vida del héroe que precede a su naufragio en la isla ocupa alrededor de las

La narración original se asemeja más a un sermón protestante o a una fábula moralizadora, en tanto que las versiones abreviadas la convierten en un popular cuento infantil.

primeras 50 páginas, que equivalen a un séptimo de la primera parte.¹ Por otro lado, la narración original se asemeja más a un sermón protestante o a una fábula moralizadora —una “parábola”, como la describe el prefacio a la segunda parte—, en tanto que las versiones abreviadas la convierten en un popular cuento infantil.

Robinson Crusoe es cuidadosamente ubicado en lo social. Su padre fue un inmigrante alemán que tuvo éxito como comerciante en Hull, luego de lo cual se retiró a la señorial ciudad catedralicia de York, donde nació Robinson. Su hermano mayor se enroló en el ejército inglés y ahí murió. El padre de Robinson lo había destinado para la jurisprudencia, pero la cabeza del hijo “empezó a bullir muy pronto de fantasías aventureras”. Su padre lo arengó sobre las ventajas del “estado medio”, “no expuesto a las miserias y penalidades, los afanes y sufrimientos de la clase baja de la humanidad, al tiempo que ajeno a la soberbia, la lujuria, la ambición y la envidia del sector superior”. Las desgracias posteriores de Robinson Crusoe pueden verse como una sucesión de castigos de la providencia por el desacato y negligencia con que respondió a su llamado. Este, su “pecado original”, le acarreó el castigo y más tarde lo llevó a arrepentirse de su “ambición temeraria y desmesurada de ascender más pronto de lo que la naturaleza de las cosas admitía”. Crusoe terminará por aceptar que la mayor felicidad ha de encontrarse en la conformidad con “la condición en la cual me colocaron Dios y la naturaleza”. No obstante algunas reincidencias, por la vía del arrepentimiento alcanzará su rescate y un rotundo éxito material.

Robinson Crusoe se presenta como un modelo de las virtudes protestantes burguesas. En la isla, su sobrevivencia y prosperidad final las debió al arduo trabajo y la disciplina, al ascetismo y el rechazo al ocio. Respetaba el sábado como día de descanso, si bien no con toda constancia. Adoptó el hábito de pedir a Dios que bendijese sus alimentos. “No podía soportar la idea” de la desnudez, “a pesar de que estaba completamente solo”; una de sus primeras acciones después de rescatar a Viernes fue darle un par de calzoncillos. Al poco tiempo de llegado a la isla, Crusoe redactó un balance de bienes y males, ganancias y pérdidas, de acuerdo con lo que Defoe había enseñado a su *Perfecto comerciante inglés*. Dentro de la mejor tradición puritana, Robinson Crusoe llevaba un diario que concebía, en parte, como un ejercicio de confortación espiritual, y a la vez como un balance del estado de sus negocios —lo que fue el *Diario* de Pepys en sus comienzos. Cuando rescató al capitán inglés de morir a manos de los amotinados, al momento convino con él en que lo llevaría de regreso a Londres “sin pedirle nada por el pasaje”.

Así, el protestantismo tradicional se acompaña de una prudente moral aplicada a los negocios: el “espíritu del capitalismo” de Max Weber. La actitud de Crusoe hacia la predestinación y la providencia cabe dentro de este esquema. Reconoce que Dios se vale de nuestras propias acciones para castigarnos por nuestras faltas. “Una ley oculta que todo lo dirige... nos apremia a ser los instrumentos de nuestra propia destrucción”. Alternativamente, lo que parece una calamidad resultará a veces en nuestro provecho. La

providencia se manifiesta, para Crusoe, en "secretos impulsos a hacer o no hacer una cosa". El "nunca dejó de obedecer" esos ocultos dictados, aunque no pudiera explicárselos.

Si leemos *Robinson Crusoe* bajo esta luz, un camino decisivo ocurre cuando el héroe ha completado su segundo año en la isla. Empezó entonces a comprender que, mediante la gracia divina, podía encontrar en su interior un paraíso mucho más dichoso que "la vida perversa y execrable que llevé en mis pasados días". Pero aparentemente el tema moral, si a él apuntaba Defoe en un principio, ya no le satisfacía. Cuando Robinson Crusoe "iba a dar gracias a Dios por haberme traído a este lugar... algo sacudí mi mente ante ese pensamiento... '¿Cómo puedes ser tan hipócrita', me dije en voz alta, 'para aparentar agradecimiento por una condición de la cual, aunque te esfuerces por sentirte feliz, preferirías de todo corazón ser liberado?'".

El tema moral se aborda, pues, de manera un tanto discontinua. Tal vez Defoe, al igual que sus lectores, se inclina a interesarse a tal grado en el aquí y ahora de Robinson Crusoe que olvida las perspectivas más amplias; ¿o adquiere acaso otras nuevas? La segunda parte se dirige probablemente a restituir el equilibrio en la intención moralizadora, y ésta puede ser una razón para que resulte mucho menos emocionante que la primera. Pero la segunda parte presumiblemente fue escrita como una idea posterior, en respuesta al éxito de la novela original. El relato del regreso de Crusoe a su isla contiene algunos puntos de interés; lo demás es sólo una narración convencional de aventuras, los pormenores de un viaje alrededor del mundo. Carece de la intensa carga imaginativa de la primera parte. En la isla, Crusoe se halla esencialmente a la defensiva, tratando de salvarse de enemigos reales o imaginarios, como el héroe de *La Madriguera* de Kafka. Sus enfrentamientos con los indios tienen este objetivo. En la segunda parte, los comerciantes occidentales que luchan continuamente contra africanos y asiáticos no tienen justificación; la sucesión interminable de combates y las victorias de la tecnología militar superior son, en consecuencia, menos interesantes y al final se hacen tediosas.

Karl Marx recurrió a Robinson Crusoe en su isla para explicar la diferencia entre producción para el uso y producción para el intercambio, entre valor de uso y valor de cambio. Crusoe se tornó entonces decisivo en las discusiones sobre división del trabajo, individualismo y acumulación primitiva. Indudablemente como reacción contra este acercamiento a la obra, en los últimos veinte años ha habido un alud de intentos por leer *Robinson Crusoe* como una alegoría sistemática y consistente, ya sea religiosa o biográfica. Tales intentos me parecen forzados. Defoe fue, felizmente, ajeno a la exigencia de los críticos del siglo XX de una "narrativa coherente y formalmente sofisticada". Utilizó en efecto las técnicas de la alegoría de cuando en cuando, y en sus *Serias reflexiones en torno a la vida y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe* (1720) deja entrever toda suerte de intenciones metafóricas. Pero los desacuerdos de los críticos muestran lo difícil que es interpretar la novela como una alegoría deliberada y armoniosa, y me parece muy improbable que las observaciones de Defoe (o de

Karl Marx recurrió a Robinson Crusoe en su isla para explicar la diferencia entre producción para el uso y producción para el intercambio.



Robinson Crusoe está muy lejos de ser un protestante fanático. Inventa su propia versión de religión inspirada en la naturaleza.

Crusoe) en las *Serias reflexiones* hayan sido parte de su plan original. Su objetivo principal al escribir esta tercera parte (además, bien puede suponerse, de obtener algún dinero) era defenderse contra la acusación de haber compuesto una fábula insulsa, "de ficción y mentiras".

Yo tengo la ventaja de acercarme a Defoe desde la perspectiva del siglo XVII. No me sorprende, tanto como a los modernos críticos literarios, encontrar que un hombre educado para ser un ministro no conformista tuviera amplios conocimientos de teología calvinista. Por otro lado, al situarme en la óptica del siglo XVII, no espero necesariamente que Defoe sea congruente en su pensamiento. Aprendió teología no de unos cuantos libros sino de su inmersión de toda la vida en un ambiente cultural de puritanismo en desintegración. Muchos de nosotros tendríamos dificultades hoy en día para formular una filosofía coherente sin echar mano de los fragmentos de Marx, Freud y Einstein que tomamos de los libros, de lo que oímos en bares y de la televisión.

No debemos, pues, dejarnos trastornar demasiado por las ambigüedades de Defoe, si bien éstas requieren investigación. ¿Es o no *Robinson Crusoe* un relato moralizador puritano? ¿Es su gracia interior todo lo que cuenta? ¿Debemos ver la conversión de Viernes como "un rasgo decisivo de la regeneración de Crusoe"? ¿Qué tan importante son las comodidades materiales de la civilización? El aristócrata ruso de la segunda parte, que rehusó el ofrecimiento de Crusoe para escapar del exilio arguyendo que podría sucumbir a las tentaciones de la vida en el mundo civilizado, es tal vez un contrapeso a la denuncia que *Robinson Crusoe* hace de sí mismo como un hipócrita por dar gracias a Dios abandonado en una isla desierta. Pero el aristócrata no perdió la oportunidad de mandar a su hijo a enfrentar los peligros del vasto mundo. ¿De qué lado se coloca Defoe?

Robinson Crusoe está muy lejos de ser un protestante fanático. Inventa su propia versión de religión inspirada en la naturaleza y descubre que Viernes capta con facilidad las verdades del cristianismo cuando se las explica. Viernes posee la "honradez sencilla y genuina", tanto como el físico, del buen salvaje. Will Atkins, uno de los ingleses a quienes encuentra Robinson Crusoe al regresar a su isla, se casó con una mujer pagana cuyo cuestionamiento simple pero perspicaz lo obligó a pensar con seriedad acerca del cristianismo que él formalmente había aceptado. Crusoe esperaba más benevolencia de "los salvajes, que eran caníbales", que de los monopolistas de la Compañía de las Indias Orientales.

Crusoe es un ciudadano del mundo. Esto queda claramente establecido desde el principio de la novela. Inglés puro en grado sumo, era hijo de un inmigrante; ni siquiera de un inmigrante holandés o flamenco como los antepasados de Guillermo III y de Defoe, sino alemán como Jorge I, y además de Bremen, en el corazón del territorio hannoveriano. Indudablemente, Defoe estaba planteando aquí algo importante. En *El verdadero inglés* se había burlado de aquellos que defendían la pureza racial inglesa contra los inmigrantes extranjeros:

*We have been Europe's sink, the jakes where she
Voids all her offal outcast progeny.²*

*Crusoe parece conceder poca
importancia a la distinción entre
católicos y protestantes.*

Algo quería dar a entender también cuando describió a los colonizadores españoles de la isla de Crusoe como mucho más indulgentes y civilizados en su relación con los nativos que los náufragos ingleses.

Como señaló Charles Gildon, crítico contemporáneo de Defoe, Robinson Crusoe parece conceder poca importancia a la distinción entre católicos y protestantes. En Brasil se avino a la iglesia romana y fue en una reflexión posterior cuando se persuadió de vender su plantación brasileña en vez de reanudar su vida allí, como había pensado al principio. Crusoe, como soberano de su isla, "otorgó libertad religiosa en sus dominios" a protestantes, papistas y paganos. Curiosamente, fue un sacerdote católico francés quien insistió en que los colonizadores ingleses tomaran por esposas a las mujeres indias con las que ya vivían y en que éstas fueran bautizadas. Tales ceremonias parecen tener escaso significado para Crusoe: nunca pensó en bautizar a Viernes, aunque éste llegó "a ser un cristiano como pocos he conocido en mi vida". El esfuerzo de Crusoe por honrar el sábado —para lo cual hacía muescas sobre estacas a fin de saber en todo momento qué día de la semana era— vino a parar en nada: pronto perdió la cuenta. Aquí, otra vez, un hecho en apariencia insignificante debe tener algún sentido determinado. Los protestantes radicales como Milton no se preocupaban demasiado por observar días o épocas particulares ni por las ceremonias; no obstante, hubieran sostenido que un seglar bien podía actuar como ministro y bautizar si se presentaba la ocasión.

Crusoe tiene una firme opinión sobre el misterio religioso, sea entre paganos, papistas o protestantes. "Las disputas... sobre... sutilezas doctrinales o sobre esquemas de gobierno eclesiástico... eran para nosotros completamente inútiles, al igual que lo han sido, en mi opinión, para el resto del mundo". Somete la existencia del demonio a un severo análisis racional. Seguramente no con toda inocencia, Defoe muestra a Crusoe desconcertado ante la pregunta de Viernes de por qué Dios permite que el demonio exista: "Al principio no supe qué responder, así que aparenté no haber oído"; y cuando este truco ya no tuvo efecto, cambió de tema. "Era para mí una prueba de cómo las solas nociones de la naturaleza, aunque llevan a las criaturas racionales al conocimiento de Dios, el ser supremo, y de la veneración debida a él como consecuencia de nuestra naturaleza; con todo, sólo la revelación divina puede formar el conocimiento de Jesucristo".

Podemos leer esto como un deísmo encubierto o como manifestación de la ingenuidad de Crusoe (o aun de Defoe). Pero Defoe ciertamente no era ingenuo en su teología. Su padre, como el de John Milton, lo había destinado al ministerio religioso. Daniel había sido rigurosamente instruido en la academia disidente de Newington Green; había estudiado a Baxter con sumo cuidado. Poseía una sofisticada teología, lo bastante para advertir el anti-trinitarismo de *El paraíso perdido*, en el que la mayoría de los



De muchas maneras Defoe es más un hombre del renacimiento que un protestante tradicional.

críticos no repararon durante los siguientes 200 años y que algunos todavía se obstinan en negar. La heterodoxia de Milton en torno a la trinidad fue puesta en letra de molde sólo desde 1825, pero Defoe bien pudo tener acceso a tradiciones orales. En efecto, leyó a Milton con toda atención y cuidado, y lo admiró desde mucho tiempo antes que Addison mostrara a los lectores de *The Spectator* que Milton era un gran poeta. Defoe tenía catorce años cuando murió Milton.

De muchas maneras Defoe es más un hombre del renacimiento que un protestante tradicional; Watt señaló mucho tiempo atrás que el de Defoe es un puritanismo atenuado en la dirección del laicismo. Sus ideas son las mismas de los puritanos de principios y mediados del siglo XVII, pero sostenidas con menos vehemencia. No es ya la actitud de un cuartel sitiado ni de una tropa de asalto: habiendo triunfado sobre la adversidad, el puritanismo sucumbió después del ascenso. *Robinson Crusoe* presta apoyo al señalamiento hecho por los críticos de Weber de que, al afirmar que "la ética protestante" preparó el desarrollo del capitalismo, tomó muchas de sus pruebas del puritanismo de fines del siglo XVII y aun del XVIII. La preocupación de Weber era refutar a Marx —o tal vez más bien a los toscos marxistas de su tiempo que defendían la primacía del sustrato económico sobre la superestructura ideológica en una forma en que Marx se cuidó de no hacerlo jamás. Weber no pretendía haber colocado una "causa religiosa" primera en lugar de una "económica", pero sí se inclinaba a sostener que "protestantismo" y "calvinismo" eran categorías eternas. Tawney, y muchos después de él, señalaron que a fines del siglo XVII el puritanismo estaba ya influido por el capitalismo, más que éste por aquél. El protestantismo, pensaba Tawney —y yo coincido con él—, se desarrolló junto con y como consecuencia del ascenso del capitalismo más bien que a la inversa. Defoe —y Robinson Crusoe— fueron productos de la sociedad capitalista instituida.

Si subrayamos el propósito moralizador de Robinson Crusoe, la obra puede leerse como un opúsculo en favor de la tolerancia religiosa sobre el bien conocido tema de su utilidad en los negocios. Pero en el siglo XVIII ya no se esgrimía (como hacían los economistas del XVII) que la tolerancia atraería a Inglaterra a mercaderes y artesanos piadosos refugiados, sino que la persecución carecía de sentido en un mundo en el cual el comercio internacional había pasado por encima de las divisiones religiosas. De tal modo, Crusoe, al encontrarse en Brasil, se sujeta automáticamente al papismo, aunque no nos habla de ello sino hasta después, como una muestra ulterior de ostensible arrepentimiento. Un monasterio brasileño atendía sus intereses financieros en su ausencia tan esmeradamente como lo hacía la viuda protestante en Londres. Su conformidad al papismo parece haberle dejado buenos dividendos; y esto da otro matiz a la cuestión: para tener éxito en los negocios deben hacerse a un lado los prejuicios religiosos. Las mayores ganancias habrán de obtenerse mediante el comercio con papistas, al precio de renunciar en cierta medida a las propias convicciones. Como lo hace ver *Robinson Crusoe*, el mundo del Caribe, con sus frecuentes naufragios y rescates marinos, condujo a una mezcla de nacionalidades y credos en la cual la intolerancia religiosa

hubiera sido extremadamente embarazosa, por decir lo menos. Una vez que el reclamo de los españoles del control absoluto sobre toda el área no pudo imponerse por más tiempo, la tolerancia religiosa y el libre acceso al comercio marcharon juntos. Una de las más importantes soluciones a la intolerancia religiosa fue el comercio de esclavos: los agricultores católicos necesitaban los esclavos que les proporcionaban los comerciantes ingleses y holandeses. Defoe dirige un encendido discurso en favor de la tolerancia religiosa al sacerdote católico-romano francés, en el cual hace decir a Crusoe que si “todos los miembros de su iglesia” tuvieran “la misma moderación, pronto serían protestantes”. Frente a estos salvajes paganos, la división religiosa entre los cristianos resultaba cada vez más absurda; cosas mucho más serias unían a los comerciantes de la cristiandad occidental que las que los separaban.

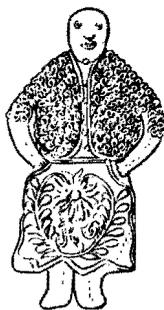
En realidad, siempre había habido algo paradójico en el anticatolicismo de Inglaterra. Aquellos caballeros que denunciaban a gritos el papismo en la Casa de los Comunes y demandaban el endurecimiento de las leyes contra los recusantes, vivían ellos mismos en amistosos términos con sus vecinos católicos, se casaban entre ellos y protegían a sus parientes. Incluso Milton, antipapista feroz, tuvo cordiales relaciones con un cardenal cuando estuvo en Roma, brindó protección al nieto papista de Edmund Spenser y estuvo en “íntima comunicación” con el papista William Joyner después de la restauración. El anticatolicismo fue con frecuencia una manera de atacar al absolutismo. Tuvo su auge durante el reinado de los Estuardos, cuando el poderío internacional de España y Francia parecía amenazar la seguridad de Inglaterra. Por la misma razón, se redujo al mínimo en los años cincuenta del siglo XVII y nuevamente después de 1688, y especialmente después de que el Acta de establecimiento excluyó por fin a los católicos de la sucesión del trono inglés. Una vez que la sucesión hannoveriana estuvo asegurada, la tolerancia despreocupada, que en la práctica existía en la cerrada sociedad del condado, pudo sin peligro extenderse a la comunidad comercial internacional.

A partir de Marx, se ha escrito mucho en torno a Defoe como economista y precursor de Adam Smith. Se dice que la frase “la riqueza de las naciones” aparece por los menos 33 veces en los escritos de Defoe. Robinson Crusoe atacó el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales, que podía condenar a un hombre sin escucharlo, una vez que había sido acusado de piratería. Sus acusadores eran a la vez sus jueces —a cuya arbitraria sentencia no había apelación— y sus ejecutores. Este monopolio constituía una fuente de tanta inseguridad para los comerciantes que operaban dentro de la ley como lo eran los salvajes.

Más importante tal vez resulta la claridad de algunos conceptos de Defoe. “Aquello que podía servirme era lo único que tenía valor”, observó Crusoe. “No sufría por cultivar más maíz porque no lo necesitaba”. Y comparó el mundo al cual regresaba, en donde “los trabajadores gastaban su fuerza en la diaria lucha por mantener la fuerza vital con la cual laboraban... viviendo sólo para el trabajo y trabajando sólo para vivir” y producir la riqueza que los ricos

El anticatolicismo fue con frecuencia una manera de atacar el absolutismo.

De muchas maneras Robinson Crusoe, un libro sobre la vida en una isla desierta, constituye una exaltación de la tecnología occidental europea.



luego derrocharían "en ruines excesos o en frívolos placeres". En su isla; la enorme reserva de dinero y metales preciosos de Crusoe era inútil: "Lo hubiera dado todo por tres o cuatro pares de zapatos y calcetines ingleses". Defoe había aprendido mucho de Locke (o de sus predecesores) sobre la teoría del valor-trabajo; y de Harrington (y el mundo que lo rodeaba) sobre la influencia de la economía en la política. ("La revolución en el comercio trajo una revolución en el propio orden de cosas... Ahora vemos que la nobleza y la antigua *gentry* han vendido sus bienes casi en todas partes y que los 'comunes' y los comerciantes los han comprado: así, la *gentry* es hoy más rica que la nobleza, y los comerciantes lo son más que todos").

No obstante su propio fracaso en el comercio, Defoe escribió libros populares y exitosos como *El perfecto comerciante inglés*. "Al comercio", escribió aquí, "no debe vérselo como un asunto de importancia menor; se le denomina muy apropiadamente 'ocupación' (*business*) porque es la ocupación por excelencia de la vida;... nada sino lo que llamaríamos los deberes imprescindibles habrá de interponerse, y aun éstos tendrán un límite, de tal modo que no afecten a los negocios". "Ningún hombre debe entregarse a sus tareas religiosas al grado de descuidar las épocas y momentos propios de los negocios". Defoe sometió a discusión casos de conciencia tales como los que podría encontrar un tendero piadoso. Se pronunció por salarios altos y por un comercio más libre, pues pensaba que la superioridad industrial de Inglaterra le permitiría por tales medios tomar ventaja sobre todas las demás naciones.

De muchas maneras *Robinson Crusoe*, un libro sobre la vida en una isla desierta, constituye una exaltación de la tecnología occidental europea. Es gracias a las herramientas y artículos que Crusoe salva del naufragio como puede no sólo sobrevivir sino prosperar, recurriendo a la herencia de siglos de civilización. Pero en este proceso tiene que dominar muchas técnicas nuevas; la división del trabajo y una diversidad de habilidades, apunta, hubieran aligerado infinitamente su labor: "Lo que con ayuda y herramientas podía ser sencillo, resultaba una tarea colosal y requería un tiempo prodigioso para hacerlo yo solo con las manos". "Creo que poca gente se ha detenido a pensar en... la sorprendente multitud de pequeñeces necesarias para el suministro, producción y preservación del cereal, y fabricación y acabado de un solo artículo: el pan". Como el hombre en estado de naturaleza de Hobbes trae consigo muchos de los supuestos de la sociedad burguesa, así Robinson Crusoe tiene en su isla una gran parte del equipo material y, sobre todo, del bagaje mental de un burgués inglés del siglo XVIII. Las agudas críticas a China en la segunda y tercera partes, aunque sin duda motivadas por lo que Defoe consideraba una exagerada adulación en boga del arte y la cultura chinos, se derivan en última instancia de un desprecio hacia la inferioridad tecnológica y por tanto militar de China con respecto a Europa occidental.

Desde este punto de vista, *Robinson Crusoe* podría leerse como un libelo a favor del imperialismo occidental europeo en su fase de

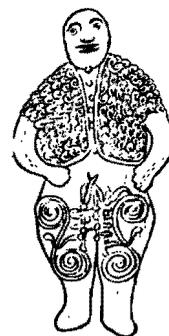
principios del siglo XVIII. Crusoe toma posesión de la isla. Lleva a ella capital y habilidades técnicas, pero hasta que Viernes aparece no cuenta con la fuerza de trabajo necesaria para desarrollar al máximo tales recursos. La segunda parte describe la solución mucho más efectiva que pusieron en práctica los sucesores de Crusoe en la isla: obligar a los indios, primero por medio de la derrota militar, luego por hambre, a aceptar la condición de trabajadores subordinados o de pequeños propietarios que producen bajo supervisión. Crusoe compara esta conducta brutal con su propia actitud hacia Viernes, a quien había "instruido... en los principios racionales de la vida". Sus sucesores fracasaron en "civilizar y someter a los indios por medio de un trato amable y argumentos amistosos", y por tanto "nunca contaron con ellos para ayudarlos y pelear a su favor como yo contaba con Viernes". Dos acercamientos a la colonización; cada uno con sus ventajas y desventajas.

Los estudiosos que toman a Defoe en su época tardía probablemente no reflexionan lo suficiente sobre su radicalismo de los primeros años. Se unió a la rebelión de Monmouth de 1685, el último episodio de la revolución democrática inglesa; como Milton 25 años atrás, tuvo la suerte de escapar a la muerte por traición. Fue un firme partidario de la Revolución de 1688 y de Guillermo III. Su carrera posterior no muestra consistencia política pero ¿quién la posee durante ese periodo? La decepción de los *whigs* radicales ante el acuerdo con que terminó la revolución fue profunda. Algunos, como Wildman, siguieron confabulando infructuosamente contra el régimen; otros, como Ferguson, se volvieron jacobitas. *El memorial de la legión de Defoe* (1701) fue muy radical en su llamado al pueblo contra el parlamento, y *El medio más eficaz para con los disidentes* (1702) lo metió en graves problemas. Aquí presentaba como propuesta, en tono irónico, lo que se leía como una extremista posición *tory* de intolerancia: los disidentes debían ser desterrados y sus predicadores colgados. El panfleto ofendió por igual a *whigs* y *tories* y Defoe fue condenado a la picota.

De ahí en adelante parece haber decidido —a diferencia de Milton después de 1660— que no había esperanza de una solución radical para Inglaterra en el corto plazo. "Conozco a fondo a todos los partidos", escribió en palabras que recuerdan el análisis de los sesenta del siglo XVIII de Sir Lewis Namier; "conozco la base de sus pretensiones y de su sinceridad, y así como el Predicador dijo que todo era vanidad y mortificación al espíritu, digo yo a mi vez de éstos: no es todo sino mero espectáculo, superficialidad e hipocresía abominable, de todos los partidos, en todas las épocas, bajo cualquier gobierno, en todo cambio de gobierno; cuando están fuera para entrar, para evitar quedar fuera; cada secta, cada partido y casi cada persona de la que tenemos noticia es, a mi entender, más o menos culpable de la acusación general, a saber, la de anteponer sus intereses a sus principios".

Así, protestando a veces demasiado, continuó con la práctica universal y vendió su pluma a Harley, un hombre de centro. Pero Defoe conservó muchos de los principios —o prejuicios— de su

Los estudiosos que toman a Defoe en su época tardía probablemente no reflexionan lo suficiente sobre su radicalismo de los primeros años.



Con alguna exageración,
podemos ver a Defoe el radical
como un aislado sobreviviente: su
barco se había ido a pique.

juventud. En *La apología del pobre* (1698) "uno entre los plebeyos" denunció el sesgo clasista de las leyes que promovían los sociedades voluntarias para la reforma de las costumbres: "El hombre del anillo de oro y vistosa vestimenta puede blasfemar ante la ley o injuriarla; puede tambalearse cuando se dirige a su casa por las amplias calles y nadie se fija en él; pero si un pobre se emborracha o profiere un juramento, debe llevarse al cepo sin remedio". Particularmente interesante es la actitud cambiante de Defoe hacia "la muchedumbre". En *El memorial de la legión* advertía al parlamento: "ustedes no están por encima de los resentimientos de la gente". Cuando se le puso en la picota por *El medio más eficaz para con los disidentes* él, como Lilburne dos generaciones antes, fue aclamado como mártir por el populacho. Pero una actitud más ambivalente aflora en el *Himno a la muchedumbre* de 1708. Lutero, Calvino, Knox y Cranmer fueron hijos de la muchedumbre.

*Our mobs the reformation still pursue
And seldom have been in the wrong till now.*³

Por el momento, las muchedumbres de la iglesia y el rey arremeten contra los disidentes. La muchedumbre, piensa Defoe, ha perdido su creatividad; sus objetivos principales han quedado asegurados con la victoria del gobierno parlamentario sobre el absolutismo y se ha tornado inconstante, falta de propósitos, destructiva; sus alborotos sólo sirven a los fines de los jacobitas. Defoe prefiere los prejuicios de un parlamento corrupto que los del aún más mercenario populacho de Londres, pronto a dejarse levantar por Sacheverell contra la Revolución de 1688. "Estos nuevos dictadores de las calles" deben ser controlados, "y si el convencimiento no lo logra, la horca lo hará". En 1724 publicó *La gran ley de la subordinación*, que trataba de la intolerable conducta de los sirvientes.

Con alguna exageración, podemos ver a Defoe el radical como un aislado sobreviviente: su barco se había ido a pique, y si algunos de sus camaradas quedaban con vida, había perdido el contacto con ellos. Tenía que hacer lo más que estuviera a su alcance con lo que pudo salvar del naufragio. Su aislamiento personal era en parte su propia culpa, pero había razones sociales para la impotencia política de los exradicales. EL acuerdo de 1688 había legitimado el régimen de un parlamento corrupto —que representaba a los propietarios— sobre una sociedad corrupta: ésta es la época de *La ópera del mendigo*, *Viajes de Gulliver*, *Jonathan Wild*, y *Whigs and Hunters* de Edward Thompson. ¿Qué otra opción quedaba? Dado el analfabetismo de la población y su dependencia de caseros, patrones y pastores en lo relativo a ideas políticas, no había posibilidad de establecer una verdadera democracia. Aun si se lograba por algún milagro instituir el voto masculino, ello hubiera llevado más probablemente a la restauración de los Estuardos que a una sociedad justa e igualitaria. Apoyar el acuerdo de la revolución de 1688 y la sucesión hannoveriana de 1714 era necesario, pensaba Defoe, para impedir la restauración del absolutismo y la tiranía clerical: sólo así se preservaría una Inglaterra en la cual la clase

media pudiera dedicarse libremente a sus negocios. La *gentry* resultaba una pesadilla para esta sociedad, como los afectados oficiales un lastre para los marineros a bordo de un barco; pero cualquier posible alternativa al régimen de la *gentry* sería peor.

Seguramente no sin ironía, el único de los libros de la época tardía de Defoe en el que realmente aparecen ideas radicales es *Una historia general de los robos y asesinatos de los más notables piratas*, dado a la luz cinco años después de *Robinson Crusoe*. El futuro capitán pirata Misson concluyó de sus observaciones en Roma "que toda religión no es sino un freno en la mente de los más débiles, al que los más sabios se someten sólo en apariencia". Fue convertido en "un perfecto deísta" por "un sacerdote lascivo", quien le mostró que la Biblia se contradecía a sí misma y que los milagros del Nuevo Testamento eran incompatibles con la razón. Una inesperada observación miltoniana aparece aquí: "Dios nos dio la razón para emplearla en bien de nuestra felicidad presente y futura, y cualquier cosa contraria a ella... debe ser falsa". "Todo hombre nació libre, y tuvo tanto derecho a aquello que lo sustentaba como al aire que respiraba". La monarquía existe para defender la desigualdad. El comercio de esclavos "nunca podría ser agradable a los ojos de la justicia divina". Los cristianos que "vendían a los hombres como bestias... demostraban que su religión no era más que una farsa". El capitán Misson liberó a los esclavos cautivos y los alentó a unirse a su tripulación en condiciones de igualdad. Los oficiales eran elegidos por medio de votación, y cuando la tripulación fundó una colonia en Madagascar, sus riquezas y ganado se repartieron equitativamente. Le llamaron Libertalia, pero no era, como a veces se sugiere, una utopía comunista: había propiedad privada de la tierra, y el poder supremo se depositaba en un hombre, aunque éste era elegido cada tres años. Pero incluso con sus resonancias de Milton y Winstanley, así como de Locke y los deístas contemporáneos, ésta venía a ser una obra muy notable tratándose de Defoe. Fue tal vez también que los nativos, en un ataque infundado, destruyeron Libertalia antes de que sus teorías pudieran probarse en la práctica.

En la misma *Historia* encontramos personajes que poseen una conciencia de clase, como el liberado capitán Mary Read, que consideraba a los piratas moralmente preferibles a "aquellos que estafan a viudas y huérfanos y tiranizan a sus pobres vecinos que no tienen dinero para reclamar justicia"; y el capitán Bellamy, que rehusó "someterse a ser gobernado por leyes que han hecho los ricos para su propia seguridad... En realidad, roban a los pobres al abrigo de la ley, mientras que nosotros saqueamos a los ricos bajo la protección de nuestro propio valor". Tenía una pobre opinión de aquellos que "confían enteramente en falsos ministros... que no practican ni creen lo que ponen en las cabezas de los tontos a los cuales predicán". El tema de los piratas como "azote de tiranos y avariciosos, y bravos defensores de la libertad" probablemente merece una investigación más amplia. Sabemos que Defoe sostuvo muchas conversaciones con antiguos piratas; sabemos también que en la tropa del ejército inglés que tomó Jamaica en 1655 había muchos radicales. Algunos soldados permanecieron en la isla, que

El tema de los piratas como "azote de tiranos y avariciosos, y bravos defensores de la libertad" probablemente merece una investigación más amplia.



Defoe se encontró asimismo como un radical en una sociedad donde no había salida al régimen corrupto de un parlamento gentry.

se convirtió en la base principal de los piratas. Otros antiguos radicales se dirigieron a las Indias Occidentales después de la derrota de la revolución inglesa de 1660, pues allí deben haber sido pocas las ocupaciones para los que odiaban la esclavitud.

De esta manera Defoe se encontró a sí mismo como un radical en una sociedad donde no había salida al régimen corrupto de un parlamento *gentry*; en la cual las exigencias del puritanismo revolucionario se habían atemperado para adaptarse a un pecaminoso mundo comercial. ¿A qué fines destinaría su "vitalidad plebeya"? Las novelas parecen haber sido su respuesta —lejana a una evasión de la realidad, pero de repliegue de la vida política en la cual hasta entonces se había visto envuelto. Sin embargo, sospecho que al escoger un medio de comunicación diferente no abandonó su deseo de predicar, como tampoco lo hizo Milton después de ser "expulsado de la iglesia por los prelados". "Predicar es hablar a una pequeña parte de la humanidad", señaló Defoe; "publicar libros es hablar al mundo entero". Se trata de una de las maravillas de la nueva tecnología. En *Robinson Crusoe* Defoe habló en efecto al mundo entero, aun cuando lo que dijo fue a menudo sumamente ambiguo. Así pues ¿en dónde estamos? Nuestro primer problema es diferenciar a Defoe de Robinson Crusoe. Defoe dio a entender que él era sólo el editor, no el autor, de *Robinson Crusoe*, así como de *Moll Flanders* y *Roxana*. Los críticos de *El paraíso perdido* han distinguido recientemente entre John Milton y el narrador del poema épico. Si tienen razón o no al hacerlo, nosotros seríamos ciertamente injustos con Defoe atribuyéndole todas las ingenuidades de Crusoe. Ya he sugerido uno o dos ejemplos. La actitud de Crusoe hacia la esclavitud, el canibalismo y el racismo se expone en pocas palabras y con ambigüedades. El contraste entre el trato que Crusoe da a Viernes y la actitud mucho más brutal de sus sucesores hacia los indios difícilmente puede ser accidental. Crusoe cree en su misión civilizadora, en la gran responsabilidad del hombre blanco. Entabla excelentes relaciones con Viernes y su padre. Lo mismo hacen los españoles que lo suceden en la isla. Son los náufragos ingleses quienes maltratan a los nativos. A su regreso a la isla Crusoe se esfuerza, en alianza con los españoles, por mejorar la suerte de los indios. En su siguiente viaje queda consternado por "la masacre de Madagascar", cuando la superioridad militar occidental se utiliza para destruir una población y a sus habitantes en venganza por el asesinato de un inglés que había intentado violar a una joven nativa.

La superior tecnología europea que Defoe tan sinceramente aprobaba, podía depositar el poder en manos de bestias ebrias. El cristianismo, cuya expansión le parecía tan conveniente, resultaba un arma cuando menos de dos filos: podía civilizar a los nativos; podía también, se daba cuenta Crusoe, ser un medio para imbuir la disciplina del trabajo en beneficio de aquellos que lo introducían.

Es mérito de Crusoe (y de Defoe) mirar y describir claramente las dos caras de la colonización occidental: su tiranía y explotación brutales, así como su papel "civilizador". Después de todo, es la época de la *South Sea Bubble*: nunca los comerciantes y especula-

dores ingleses se habían enriquecido tan rápidamente a costa del despojo del resto del mundo. En su primer viaje de negocios al Africa occidental, Crusoe obtuvo beneficios de un 700%. Trajo algún capital de la isla cuando regresó a Europa, pero su inmensa fortuna provenía de su participación como rentista de una plantación esclavista en Brasil, administrada en parte durante su ausencia por un monasterio brasileño. Crusoe no reparó en absoluto en los métodos sin duda crueles por medio de los cuales se producían sus ganancias: sus lectores pueden mostrarse igualmente distraídos.

¿Cuál fue la actitud de Defoe hacia la esclavitud? Antes de su viaje a la isla había vendido a "mi buen Xury", que le había ayudado a escapar de la esclavitud en Salee. Crusoe se sentía "muy renuente a vender la libertad del pobre muchacho que tan lealmente me había ayudado a conseguir la mía", y aceptó sólo después de que el comprador le hubo prometido dejar en libertad a Xury en diez años si se hacía cristiano, y después de que el propio Xury aceptó el convenio. Esto contrasta muy notoriamente con el trato que recibió Viernes, que culminó en un honroso servicio fúnebre cuando murió en el mar. Pero Crusoe compró un esclavo en su plantación brasileña y no tuvo escrúpulos en participar en un viaje para traer esclavos de Africa occidental a Brasil. Más tarde expresó su desaprobación de esto, pero no debido a que tuviese objeción alguna contra tal comercio, sino porque consideró que debía haber comprado los esclavos "a aquellos cuya ocupación era traerlos". La primera palabra que le enseñó a Viernes fue "amo". Los perezosos ingleses que lo sucedieron en la isla planearon hacer algunos prisioneros entre los naturales "para ocuparlos en los trabajos más penosos". Crusoe deploraba su pereza, pero encontraba este proyecto en particular "no tan descabellado". Parecía imposible enseñar el trabajo disciplinado a los indios sin alguna forma de coerción.

Resulta claro, pues, que Crusoe no desaprobó la esclavitud como institución. Su horror por la práctica del canibalismo le llevó, primero, a dar gracias a Dios de ser "distinto de criaturas tan espantosas como éstas". Por largo tiempo se propuso "destruir a algunos de estos monstruos en su cruel y sangriento festín". Pero al reflexionar más detenidamente se dio cuenta de que "estas gentes no consideran crimen lo que hacen; ni su conciencia ni su corazón se lo reprochan", y consecuentemente, que él no tenía autoridad "para erigirse en juez o ejecutor de estos hombres como criminales". "¿Cómo descubrir el juicio de Dios ante estas circunstancias?", puesto que él ha escogido dejarlos sin el beneficio de la enseñanza cristiana. Atacarlos sin motivo "justificaría las crueldades cometidas por los españoles en América, donde exterminaron a millones de estas gentes que... de nada tenían que responder ante ellos". "Aun los propios españoles consideran hoy un hecho aborrecible y repugnante el aniquilar a aquellas gentes en su propio país". De tal manera Crusoe abandonó su idea de castigar a los indios y redujo sus planes a capturar "dos o tres salvajes... para convertirlos en mis esclavos y que hagan cuanto les ordene".

Aquí Defoe toma parte, en una forma muy interesante, en una

Crusoe no desaprobó la esclavitud como institución.



Crusoe rechazó el argumento de que la gente debía ser castigada por acciones que para ella resultaban naturales.

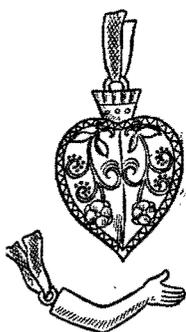
discusión que se había prolongado por cierto tiempo. La conquista y sojuzgamiento de los salvajes paganos se había justificado por las prácticas incivilizadas como el canibalismo; Crusoe aceptaba esto por instinto. Pero en un análisis más detenido rechazó el argumento de que la gente debía ser castigada por acciones que para ella resultaban naturales. Esto socavó en gran medida la teoría que había fundamentado la conquista y sometimiento de los indios americanos —y de los irlandeses. Defoe subraya este punto sugiriendo gratuitamente más de una vez que unos europeos a punto de morir de hambre podrían recurrir con plena justificación al canibalismo, aunque tal vez no deberían “pedir la bendición para esa carne”.

Con todo, Crusoe parece dar por sentada la inferioridad cultural de los indios americanos y su vínculo infantil con el europeo, superior, a quien debían llamar amo. Pero dentro de estos límites vivía feliz junto a Viernes y sentía una gran satisfacción enseñándole inglés, técnicas occidentales y rudimentos de cristianismo. Lamentaba el racismo provocativamente belicoso de sus sucesores ingleses en la isla y atrocidades como la masacre de Madagascar, que describe con toda franqueza. “Pensé que era una triste condición la de vernos siempre obligados a estar matando a nuestros semejantes para salvarnos nosotros”. Nobles sentimientos; ¿pero cómo conciliarlos con la esclavitud como institución y con la ocupación europea de América?

Algunas de estas ambigüedades, como he apuntado, fueron sin duda producto de la situación histórica en la cual escribió Defoe; bien podría haber sido inconsciente de ellas. En torno a la esclavitud se contradice, como también lo hace Robinson Crusoe. En *La reforma de las costumbres* (1702) había atacado a aquellos que “truecan baratijas por las almas de los hombres”, y en 1724 su capitán Misson diría que “traficar con los de nuestra misma especie” no era cristiano. Pero en otra parte Defoe admitió el comercio de esclavos como “la ocupación más útil y productiva... entre todos los sectores del comercio nacional”, pidiendo sólo que a los esclavos no se les tratara con más severidad de lo que fuera necesario por razones económicas.

El punto de partida de Defoe parece haber sido que “el creador en su sabiduría nos ha mostrado del modo más evidente que diseñó el mundo para el comercio”. En 1719, el año de *Robinson Crusoe*, publicó *Una narración histórica de los viajes y aventuras de Sir Walter Raleigh*, que pugnaba por la colonización de la región del Orinoco donde se hallaba la isla de Crusoe; y en *Serias reflexiones* recomendó el sometimiento por la fuerza de “las naciones bárbaras e idólatras del mundo”. Encontraba esto muy distinto de la práctica “impía y no cristiana” de forzar a los cristianos a sujetarse a alguna versión de la religión cristiana diferente a la suya. Pero después de trazar una detallada estrategia para la conquista y cristianización del Japón, Crusoe da sus argumentos en favor y en contra y deja la cuestión abierta.

Probablemente el propio Defoe estaba indeciso. La esclavitud le parecía a la vez mala en sí misma y necesaria para la grandeza y prosperidad comercial de Inglaterra. Los conquistadores europeos



contribuyeron a la riqueza del mundo obligando a los "salvajes" a trabajar, ya fuera como esclavos o en condiciones de vil explotación. Podemos ver las consecuencias. Defoe se dio cuenta de algunas —es difícil decir realmente de cuántas. Pero en la época en que escribió todavía había lugar para cierto optimismo, aun cuando éste resultó engañoso. El momento más significativo se encuentra tal vez en la segunda parte, cuando Crusoe queda espantado pero impotente ante la masacre de Madagascar y lo único que puede hacer es colocarse al margen de ella. Es una de las pocas ocasiones en que no reclama absoluta responsabilidad por lo que está pasando. El mensaje que Defoe intentó transmitir aquí queda a la imaginación de cada uno.

Así pues, aunque Defoe y Crusoe tienen mucho en común, podemos sospechar que Defoe estaba más consciente de las ambigüedades y contradicciones en las actitudes de Crusoe de lo que los críticos han aceptado siempre. Tomemos por ejemplo la esperanza de Viernes de que Crusoe irá a su país y "enseñará a los salvajes a ser buenos, juiciosos, dóciles". Esto era, nos dice Crusoe, "una cosa que... yo no tenía la menor intención ni deseo de emprender". Se trata de un golpe palpable a la reticencia de los protestantes ingleses a acometer el trabajo misionero entre los nativos, aunque ello había figurado por largo tiempo en los planes de las compañías comerciales durante el siglo XVII. La falta de interés por hacer proselitismo en la época de Defoe es en verdad sorprendente cuando la comparamos con el fervor de los movimientos misioneros de fines del siglo XIX. Puesto que no podía culparse a los indios de su inferioridad cultural (que todos los observadores del siglo XVIII dan por sentada), parecía obvio que enseñarles al menos los rudimentos del cristianismo era un deber de los ingleses que los sometían al trabajo. Pero entonces podrían transformarse en trabajadores menos sumisos. La propia Sociedad para la Propagación del Evangelio poseía plantaciones en las Indias Occidentales y no permitía que se enseñara el cristianismo a sus esclavos por miedo a que reflexionaran sobre su situación. Me temo que el calvinismo (y ese libro racista que es el Viejo Testamento) tiene una gran responsabilidad en esto. Incluso Milton pensaba que el "severo anatema" de que debían ser "siervos de siervos" había sido arrojado sobre toda la "casta corrompida" de los descendientes de Cam (*El paraíso perdido*, XII, 101-5).

No fue un protestante inglés sino un sacerdote católico-romano francés quien se preocupó por la conversión. "En cuanto a mí", admitió Robinson Crusoe, "no había albergado hasta entonces ningún propósito semejante, y creo que nunca lo habría formado; consideraba a los salvajes como esclavos y gente a la cual, de haber tenido trabajo para ellos, habríamos utilizado como tales, o bien nos habríamos sentido felices de transportar a cualquier otra parte del mundo". Aquí Defoe se aparta claramente de Crusoe y plantea dos cosas. Primero, que los indios eran considerados como objetos más que como personas. Esto es congruente con el hecho de que Crusoe arrastró a Viernes con él a Europa sin consultarle, aunque ello significara que el padre de Viernes quedaba abandonado y en completa ignorancia de la suerte de su hijo. En segundo lugar, que

La falta de interés por hacer proselitismo en la época de Defoe es sorprendente.



Viernes es la respuesta de Crusoe (¿y de Defoe?) al racismo y la explotación del hombre por el hombre.

la conversión resultaba superflua, si no es que un tanto absurda. Crusoe era severísimo en su crítica de la "conversión" masiva, "como se le llama, de los chinos al cristianismo" por los católicos. Lo que importaba eran las estadísticas, da a entender Defoe, no el bienestar de las almas individuales. El sacerdote que tan elocuentemente habló de convertir a los indios prometió también permanecer en la isla para atenderlos. Pero Robinson Crusoe lo disuadió de este proyecto: se fue de hecho en el siguiente barco. Defoe apenas oculta aquí su ironía. Paulatinamente Robinson Crusoe comprende, sobre la base de la experiencia, que el cristianismo puede ser útil para la disciplina del trabajo. Si mi razonamiento es acertado, Defoe está, una vez más, vacilante entre ambas opciones.

Comparemos la venta de Xury como esclavo por Crusoe y su aceptación de Viernes como compañero, si bien de rango inferior. En la soledad de su madriguera kafkiana, donde se hallaba aterrado de su propia especie, no menos que de los animales feroces, Crusoe anhelaba la compañía y la conversación humanas. Viernes fue la respuesta a este anhelo: no podría haber sido nunca un simple objeto. Viernes es la respuesta de Crusoe (¿y de Defoe?) al racismo y la explotación del hombre por el hombre; aún más, el relato en su totalidad idealiza el papel histórico del colonialismo como un sistema que impone la disciplina del trabajo en interés de la explotación.

Por tanto, Defoe no sólo está exaltando el comercio, la colonización y la propagación de los avances tecnológicos del capitalismo. Hay algo de esto, pero queda de tal manera envuelto en contradicciones y complejidades que nunca podemos estar seguros de cuál es la verdadera posición de Defoe. Tampoco está escribiendo solamente un opúsculo puritano. Crusoe titubeaba en su énfasis en la divina providencia. En un momento parece que "Dios, milagrosamente, ha hecho crecer el grano" para alimentarlo; pero su "piadosa gratitud a la providencia divina" se ve menguada cuando encuentra una explicación natural. Crusoe pone en duda inclusive la justicia de la providencia en el punto decisivo que hemos venido considerando: el de ocultar el conocimiento indispensable para la salvación "de tantos millones de almas" que bien podrían "hacer mucho mejor uso de él que el que hemos hecho nosotros". Y si atendemos al relato más que a las palabras de Crusoe, advertimos que "el chico locuaz y aventurero", como se refiere a sí mismo, no sólo no recibe castigo sino que es recompensado con extrema generosidad después de todas sus correrías. Resulta dudoso inclusive que alguna vez se arrepienta firmemente —cuando menos la cuestión no se aclara como se habría hecho en un opúsculo moralizador—; pero llega finalmente a una condición mucho mejor que la que hubiera alcanzado de haber acatado los deseos de su padre.

Los "fuertes impulsos" de Defoe provienen de la misma tradición puritana que los "ímpetus enardecedores" que llevaron al Sansón de Milton a destruir a la aristocracia y a los sacerdotes filisteos. Algunos críticos del siglo XX encuentran difícil aceptar que Milton consideraba a la aristocracia y a los sacerdotes ingleses como enemigos de Dios, a quienes debía odiar por consigna religiosa;

contra ellos estaba en guerra, como Sansón contra sus equivalentes filisteos. Argumentan que debemos distinguir con todo rigor entre Milton y Sansón. Puesto que Milton estaba escribiendo una obra teatral, esto es sin duda discutible; si Defoe hubiera escrito *Sansón agonista*, tal argumento me convencería. Pero *Robinson Crusoe* es 50 años posterior a *Sansón agonista*. Defoe ya no esperaba el triunfo de la causa de Dios sobre la tierra en el mismo sentido que Milton. Causas adyacentes explicaban ahora muchas cosas que solían atribuirse a la providencia. Por lo menos una de las "providencias" de Defoe parece haber sido una mera coincidencia. La noción del pecado ha perdido su poder sobre aquellos que hablan de ella. *Crusoe* sigue olvidándose de si realmente se ha arrepentido o no, en la misma forma como olvida registrar el sábado mediante muescas.

Por lo tanto, creo que debemos mantener una actitud flexible en torno al punto hasta el cual Defoe estaba consciente de sus contradicciones en *Robinson Crusoe*: pueden haber sido su manera de transmitir un mensaje. Watt tiene razón indudablemente en advertirnos que a menudo encontramos una marcada ironía en Defoe debido tan sólo a que nuestras concepciones han cambiado: Defoe pone en boca de sus personajes opiniones que a nosotros nos parecen artificialmente ingenuas pero que para él tenían un sentido edificante. La historia ha sido tal vez benévola con él. Pero cuando estimemos a Defoe con demasiada confianza a partir del significado literal de *Crusoe* o de Moll Flanders, debemos recordar que el autor de *El medio más eficaz para con los disidentes* no siempre expuso sus puntos de vista por el método más claro y directo, especialmente cuando se trataba de asuntos impopulares o arriesgados. Arnold Kettle menciona "dos tipos de realismo".

Por un lado está el realismo sutil de *aceptación* —el que se asocia con muchos de los personajes de C.P. Snow, que son realistas en el sentido de valerse por sí mismos—, por otro el más peligroso e incitante realismo de *potencialidad* —que se encuentra en la habilidad para comprender las fuerzas que actúan en una estructura determinada. El primero confiere a Defoe su capacidad inigualada para reflejar su mundo tal como es. El segundo añade vitalidad a su obra haciéndonos ver ese mundo en términos de sus deficiencias y de sus potencialidades humanas.

Kettle toma dos citas del *Journal* del gobernador Bradford para explicar "el paso en el puritanismo de la tradición alegórica a la tradición realista", que

está vinculado al creciente éxito material de la burguesía. Puesto que los acaudalados puritanos tienen ahora el control de la situación en un grado considerable, su interés por la consciencia y la moral se ha tornado mucho más práctico, más enlazado a la acción, menos encauzado al interior y más al exterior; el interés en el aquí y ahora como opuesto al futuro, y por tanto, en términos literarios, más realista.

Defoe pone en boca de sus personajes opiniones que a nosotros nos parecen artificialmente ingenuas pero que para él tenían un sentido edificante.



Pero todavía pienso que fue atinado establecer un lazo entre la situación de Robinson Crusoe y el surgimiento del individualismo, de una mayor consciencia del propio ser.

Hace unos 30 años escribí sobre la tendencia literaria a aislar al héroe o a la heroína de la sociedad, abandonándolo a discurrir la forma de salvarse sólo con la ayuda de Dios. Sugerí que esto era algo específicamente puritano, que une a *El paraíso perdido*, *El paraíso recobrado* y *Sansón agonista* con *El Viaje del peregrino* y *Clarissa Harlowe* al igual que con Defoe. Ahora pienso que esta perspectiva era demasiado reducida y el énfasis en el puritanismo demasiado limitante. En *El doctor Fausto* y *Tamerlán* de Marlowe, en *Hamlet*, *El rey Lear* y *Ricardo II* de Shakespeare, y en muchas otras obras isabelinas y jacobinas, el héroe como individuo se encuentra aislado en algún sentido, incluso en sus disputas con otros; y creo que podemos prolongar la tradición hasta los grandes individualistas románticos. Pero *Robinson Crusoe* queda tal vez como la más pura entre todas ellas. En las demás el héroe se compromete en un diálogo —a menos que asumamos que en *El paraíso recobrado* Satán representa una parte de la personalidad del Hijo de Dios y que el debate es sólo interior. Las novelas de Richardson son diálogos epistolares. La mayor parte del tiempo Crusoe habla consigo mismo, ocasionalmente con Dios. Pero todavía pienso que fue atinado establecer un lazo entre la situación de Robinson Crusoe y el surgimiento del individualismo, de una mayor consciencia del propio ser.

El énfasis en el individuo aislado puede ayudar también a explicar la ausencia del sexo en la novela. El autor de *Moll Flanders* y *Roxana* no ignoraba la existencia y el poder del sexo. No era tampoco “puritanamente” remilgado. No abordar el tema en relación con Crusoe solo en la isla podría dirigirse a guardar la consonancia con las convenciones de la época. Pero las mujeres no desempeñan en lo absoluto un papel significativo en la vida de Crusoe tal como se relata en la novela. Se casa, como por mera fórmula, en una sencilla frase al final de la primera parte. Su esposa desaparece también sin ceremonia alguna en la misma frase; no podría ser menos relevante para los temas de la novela. ¿Y hasta dónde atañen a Defoe aquellos matrimonios sobre los que insiste el sacerdote francés en la segunda parte? No puede haber esperado realmente que creyéramos que *los tres* facinerosos serían fieles a sus mujeres indias y que ninguno de los españoles interveniría. Watt propone el sugestivo argumento de que Defoe concibe el sexo como una mercancía, más que como una relación humana. Puesto que en la isla de Crusoe no hay intercambio, tampoco hay demanda de bienes. Cuando los ingleses escogen a sus compañeras indias, la elección del primero no recae en la más joven y hermosa sino en “la más fea y vieja de las cinco”. Porque “esperaban dedicación y ayuda en los negocios, más que ninguna otra cosa; y ella resultó a la postre la mejor esposa de todas”. La tosca metáfora comercial subraya el hecho de que la mujer es una fuente de fuerza de trabajo más que de satisfacción sexual. De Brasil, “además de otros artículos, envié siete mujeres”, nos dice Crusoe; y prometió “hacerles llegar algunas mujeres de Inglaterra junto con un buen cargamento de enseres básicos”. El matrimonio formal en el cual insistió el sacerdote francés sólo confirmó la relación económica que ya existía por sí misma. No cabe duda de que Defoe compartía

el escepticismo de los protestantes radicales acerca de las ceremonias. La compañía y solaz que Milton (y muchos otros protestantes radicales) consideraban propias del matrimonio, Robinson Crusoe las encontró en Viernes —que sin embargo era más un discípulo y un público que un compañero. “*Two Paradises twere one/To dwell in Paradise alone*”.⁴ Crusoe está muy cerca de alcanzar lo mejor de ambos mundos.

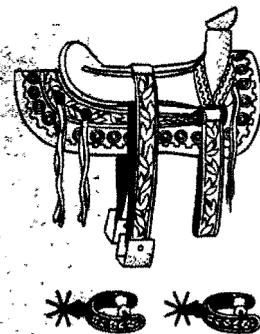
Para terminar, unas cuantas palabras sobre el estilo de Defoe. “Un lenguaje accesible, sencillo y familiar”, escribió, constituye “la excelencia de un escrito sea cual sea el asunto que aborde y cualesquiera las personas para quienes escribamos o hablemos”. “Una expresión o estilo perfecto” es “aquel por cuyo medio un hombre que se dirige a quinientas personas, con capacidades comunes y a la vez diversas, se hace comprender por todas ellas en el sentido que lo desea”. Hoy es casi un lugar común trazar la evolución de la prosa coloquial inglesa desde las autobiografías espirituales de Bunyan hasta los panfletos del interregno de *levellers* y *diggers*, y tal vez hasta los sermones puritanos y los Opúsculos de Marprelate. Pero el tema de las influencias y fuentes de origen es más complejo. Las *Cartas provinciales* de Pascal fueron traducidas al inglés en 1658, y su estilo flemático de narrar por medio de un individuo aparentemente simple, que elogiaba a los jesuitas pero en realidad perseguía suprimir el cristianismo, atrajo ciertamente la atención de los panfletistas de la posrestauración. El elemento común entre Pascal y los *levellers* es que uno y otros se hallaban comprometidos en la controversia; uno y otro pretendían convocar al hombre común contra el orden establecido, y por tanto tenían que ser claros, directos y punzantes.

Examinemos un poco más detenidamente el papel de las academias disidentes en la evolución de una prosa como la de Defoe. La enseñanza se llevaba a cabo en la lengua vernácula y se orientaba hacia cuestiones modernas. Los que acudían a ellas eran, como el propio Defoe, jóvenes de clase media que no estudiaban en la universidad. Estas academias representaron una opción cultural que dio a un hombre como Defoe su audacia y confianza en sí mismo. Cuando intervino en favor de la Legión, se sabía tan avezado en conocimientos útiles como aquellos a los que atacaba. Cuando se burló del “verdadero” inglés estaba ridiculizando las pretensiones de los aristócratas que reclamaban haber llegado con el conquistador pero no tenían otra cosa que alegar en su favor.

’Tis that from some French trooper they derive
Who with the Norman bastard did arrive...
Wealth, howsoever got, in England makes
Lords of mechanics, gentlemen of rakes:
Antiquity and birth are useless here;
’Tis impudence and money makes a peer...
These are the heroes that despise the Dutch,
And rail a new-come foreigners so much,
Forgetting that themselves are all derived
From the most scoundrel race that ever lived.⁵

En su estilo, Defoe se muestra consciente de su pertenencia a

Un lenguaje accesible, sencillo y familiar constituyen la excelencia de un escrito sea cual sea el asunto que aborde.



Defoe no ignoraba el latín, pero observó que la educación en Oxford o en Cambridge tenía un efecto pernicioso sobre el estilo de la prosa, pues hacía que los hombres pensarán en latín.

una cierta clase social al eludir los latinismos. Bunyan no se avergonzó de no poder, "con Poncio Pilatos, hablar hebreo, griego y latín". Defoe no ignoraba el latín, pero observó que la educación en Oxford o en Cambridge tenía un efecto pernicioso sobre el estilo de la prosa, pues hacía que los hombres pensarán en latín. Hay aquí un patriotismo lingüístico tan vehemente como el de Milton y aún más profundo. La prosa de Defoe, se ha dicho, "contiene una gran cantidad de palabras de origen anglosajón, más que la de cualquier otro escritor de renombre, con la significativa excepción de Bunyan". Es nuevamente el público al que apelaban Bunyan y Defoe —pequeños comerciantes, artesanos y pequeños terratenientes, y sus esposas— lo que resultaba decisivo. En su mayoría, estaban acostumbrados al sencillo estilo puritano de predicar y a la prosa de los artesanos que Sprat menciona como modelo en su *Historia de la Sociedad Real de Londres*. Ninguno habría encontrado útiles las alusiones clásicas que académicos y caballeros se ufanaban de reconocer. Asociaban la cultura latina con la clase dominante que los excluía de las universidades.

Hay un interesante esquema en la carrera de Defoe. Después de muchos años de "proyectos" fracasados, se vio orillado a ganarse la vida y a pagar sus deudas por medio de un dudoso periodismo político. La sensibilidad hacia su público, que adquirió a través del contacto constante con el lector de este género, le permitió llevar a término uno de los más exitosos proyectos de todos los tiempos: inventó la novela, para reunir y desarrollar las exigencias de un público lector de ficción que aumentaría en forma consistente durante las dos y media centurias siguientes. Aquí Defoe encontró por fin la oportunidad de aplicar su cualidad más notable: su capacidad shakesperiana para penetrar en los más diversos personajes —Robinson Crusoe y el sacerdote francés, Moll Flanders, el capitán Misson— y gozar de ellos.

Defoe se inició en los diálogos dramáticos con *El instructor familiar* (1717) y otras obras didácticas similares, así como Richardson empezó con las *Cartas para amigos especiales*. Pero la personificación tomó carne humana, como había sucedido en *El país recobrado* y *El viaje del peregrino*. En las novelas Defoe podía abstraerse de la censura dogmática y convencional que se le tenía obligado a adoptar cuando moralizaba. Las ambigüedades, las dudas y confusiones no eran ya delitos infamantes: podían expresarse en seres humanos, a cada uno de los cuales se le permitía desplegar íntegramente sus potencialidades. Aparte de uno o dos párrafos de introducción y conclusión, hombres y mujeres constituyen su propia justificación. Esto llevaba el principio de tolerancia —necesario para la grandeza comercial de Inglaterra— a su enlace lógico.

Aun cuando Defoe no escribió para el teatro, su uso de la prosa para una narrativa que no servía directamente a ningún propósito alegórico ni moral le parece a Gildon un desliz muy impropio de la austeridad puritana por la ficción. Así lo consideró también Defoe en un principio, pero por fortuna su idea de la generosidad de Dios venció a sus escrúpulos. De tal manera la revolución democrática, derrotada en política, triunfó en la novela.

Notas

¹ El relato de las aventuras de Robinson Crusoe apareció originalmente en tres partes: *The life and strange surprising adventures of Robinson Crusoe of York, mariner* (1719), *The farther adventures of Robinson Crusoe* (1719) y *Serious reflections during the life and surprising adventures of Robinson Crusoe* (1720). Pero su fama pronto vino a descansar casi exclusivamente en la primera parte—la que conocemos hoy—, de la cual existen innumerables traducciones y adaptaciones. (N. del T.).

² Somos zahúrda de Europa, cloaca donde
vierte todo su prole expulsa e inmunda.

³ Nuestra muchedumbre aún buscan la reforma
y pocas veces se han equivocado hasta hoy.

⁴ Dos paraísos era uno vivir solo en el paraíso.

⁵ Vástagos son de algún soldado francés
que llegó con el bastardo normando...

La incierta riqueza hace en Inglaterra
de artesanos, señores, de truhanes, caballeros:
vanos resultan aquí antigüedad y origen;
caudales y descaro hacen a un noble...
Héroes que desprecian al holandés.



